

En real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes.

En Madrid y 4 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMENARIO POPULAR ECONOMICO.

AVISO.

Sigue con actividad la impresión de la *España Geográfica*, habiéndose ya repartida la entrega 19 en Madrid, y la 21 en provincia.

También se ha repartido la entrega 15 de los *Viajes de Fr. Gerundio*, cuya obra no adelanta tanto como fuera de desear, por el mismo lujo y esmero que empleamos en esta segunda edición. Los que no hayan renovado sus suscripciones á esta publicación pueden hacerlo, para no experimentar retraso en la remesa de las respectivas entregas.

Se ha concluido la edición del *Manual de Mitología*, por don Patricio de la Escosura: cuando nos sea posible hacer una nueva, lo avisaremos oportunamente; entre tanto nos es imposible servir los pedidos de esta obra, pues no queda ni un solo ejemplar.

EL ASNO MUERTO

Y LA MUJER GUILLOPEADA.

(Conclusion.)

Lo mas difícil entonces para mí era contenerme para no caer. Había yo creído que semejantes momentos pasarían llenos de rabia y de horror, pero nada de esto sentí, y si solo una debilidad, como si el corazón me faltase y como si la tabla misma sobre que me encontraba se hundiese debajo de mis pies. No pude si no hacer al viejo de los cabellos blancos seña de que me dejase: acercóse uno, y le dije: acabaron de atarme los brazos y las manos, y oí á un oficial decir á media voz al capellan que todo estaba pronto. Al salir, uno de los hombres vestidos de negro acercó á mis labios un vaso de agua pero no pude beber.

Comenzamos á ponernos en marcha, atravesando dos largos pasillos embovedados que conducían desde la sala grande al cadalso. Vi las lámparas que estaban aun encendidas, porque la luz del día no penetra jamás en ellos: oí los clamores de la campana, y la voz grave del capellan que iba leyendo delante de nosotros: «Yo soy la resurrección y la vida, ha dicho el Señor; el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y aunque los gusanos roan mi cuerpo en mi carne, yo veré á Dios.»

Este era el oficio fúnebre, las oraciones por los que yacen en el fèretro, inmóviles, difuntos, recitadas por nosotros que estábamos de pié, vivos. Todavía sentí una vez y vi alguna cosa; y este fue el último momento de completa percepción que tuve. Sentí la transición repentina de aquellos pasillos subterráneos, calientes, ahogados, alumbrados por lámparas, á la plataforma descubierta y á las escaleras que subían al cadalso; y vi la inmensa muchedumbre que ennegrecía toda la estension de la calle debajo de mis pies, las ventanas de las casas y de las tiendas de enfrente llenas de espectadores hasta el cuarto piso. Vi la iglesia del Santo Sepulcro á lo lejos, por entre la blanquecina neblia, y oí el tañido de la campana. Recuerdo aun el cielo nebuloso, la mañana envuelta en la bruma, la humedad que cubría al cadalso, la inmensa y negra masa de edificios, la cárcel misma que se alzaba al lado y parecía arrojar su sombra sobre nosotros; y la brisa fresca y fría que al salir vino á darme en el rostro. Aun lo veo todo hoy mismo; la horrible perspectiva está toda entera delante de mí: el cadalso, la llanta, las caras del concurso, el pueblo encaramándose sobre los tejados, el humo que se abata pesadamente descendiendo á lo largo de las chimeneas, los carros cargados de mugeres mirando desde la entrada del meson de enfrente, y el murmullo bajo y roncoco que circuló por la turba reunida al presentarnos en publico. Jamás vi tantos objetos á la vez, tan claramente, tan distintamente como de aquella sola ojeada, pero fué poco duradera.

Desde aquella ojeada en adelante, desde aquel momento, todo lo que siguió fue nulo para mí. Las oraciones del capellan, la atadura del fatal nudo, el gorro cuya idea tanto horror me inspiraba, mi suplicio en fin y mi muerte, no me han dejado recuerdo alguno; y si no estuviese cierto de que todas estas cosas han sucedido, no tendría de ellas la menor idea. Despues he leído en las *gacetas* los pormenores de mi conducta sobre el cadalso: es decir, que me había portado dignamente, con firmeza; que había muerto, al parecer, sin muchos padecimientos; que no había hecho esfuerzo alguno; pero por mas que he trabajado para recordar una circunstancia siquiera de todas estas, no he podido lograrlo. Todos mis recuerdos cesan desde que vi el cadalso y la calle.

Lo que me parece haber seguido inmediatamente á esto fué el despertarme de un sueño profundo. Me encontré en un cuarto, sobre una cama junto á la cual se hallaba un hombre que cuando abrí los ojos, me estaba mirando atentamente; habia ya recobrado todas mis facultades, aunque no pude hablar al momento; creí que habia obtenido el perdón, que me habian arrancado de encima del cadalso, y que me habia desmayado. Cuando llegué á saber la verdad, me pareció tener un recuerdo confuso como de un sueño, de haberme hallado en un lugar extraño, tendido, desnudo, con varias figuras que flotaban á mi alrededor; pero esta idea no se presentó por cierta á mi espíritu sino despues de haberseme dicho lo que habia pasado.

Esto es lo que me leyó Silvio; esta narracion tan animada y tan sencilla, estos pormenores tan verdaderos y tan naturales, todo este conjunto de un dolor encerrado invenciblemente en la unidad, me afectaron con violencia, y por un instante me hicieron pasar á ideas puramente literarias.

—Con esas páginas, dije á Silvio, hay para hacer un hermoso libro.

—Hag un libro enteramente hecho, me replicó Silvio; y mas tarde comencé que tenia razon. (1)

CAPITULO XXVI.

La Burba.

Las verdaderas inzonas
no son comunes en el mundo.
L. NODRIZ: Diccionario

Ocurrióme una idea: conté los meses, conté los días, conté por dos veces, y corré precipitadamente hacia la Burba; no se entraba en ella por la tarde y volví á la mañana siguiente. La Burba es el asilo de las mugeres en eluta que no tienen otro; es el refugio de las pobres solteras que llegan á ser madres, de las casadas cuyo marido es jugador, de las sentenciadas á muerte á quienes el verdugo aguarda á la puerta; allí unas y otras encuentran una cama, malos alimentos y tres días de descaenso.

Yo pregunté por la sentenciada á muerte, y la vi; tenía aquella extraordinaria blancura que es frecuentemente para una madre jóven, la dulce compensacion de todos los males que ha sufrido; estaba sentada en un gran sillón, y con la cabeza baja daba de mamar á su niño. El niño tenía hambre, y se aplicaba con un ardor graciosísimo al seno de su nodriza: el seno era blanco matizado de azul, y facilmente podrá juzgarse que era el de una buena nodriza, de una muger jóven y fuerte, nacida para ser madre. El nombre de madre tiene algo de respetable en todas partes, aun en la Burba: una muger que da su pecho á un niño, la vida del niño que depende de su vida, la proteccion cuidadosa y tierna

que solo ella puede dispensarle, el pequeño corazón que comienza á latir bajo el corazón materno, este conjunto hace olvidar todos los crímenes de una muger, todas sus traiciones, todas sus debilidades; diríase que el amor que tiene á su hijo la absuelve de todos los demas, y que la vida que acaba de dar á un hombre reemplaza la vida del hombre que ha destruido.

Yo habia llegado en la mañana misma en que Enriqueta iba á morir; su calma, su actitud, su debilidad, y todo lo que yo sabia de los primeros instantes de su vida y de sus desgracias, me despedazaban... Rogué á la monja que la acompañaba nos dejase solos, la dije que era hermano de la víctima y queria hablarla sin testigos: el niño se habia quedado dormido sobre el seno de Enriqueta sin separarse de él; yo me acerqué y la dije:

—Me conocéis?—Alzó ella los ojos hacia mí, é hizo una seña con la cabeza para responderme que en efecto me conocía, y observé que esta confesion le era penosa.

Enriqueta, la dije, viendo estais delante de vos á un hombre que os ha adorado, que os adora todavía; si tenéis alguna disposicion última que hacer, confiadmela, y la ejecutaré fielmente.

Tampoco me respondió á estas palabras, pero su mirada era tierna.—Pobre jóven, si me hubiese mirado de esa manera una sola vez, una tan sola, habrias sido mia, mia para siempre, y yo hubiera sido enteramente tuyo.—Enriqueta; conque es verdad; ¿con que es preciso morir, morir tan jóven, y tan hermosa, tú que hubieras podido ser esposa mia, criar nuestros hijos, ser venturosa, y ahneta despues anciana con los cabellos blancos, morir sin dolor en una bella noche de otoño, en medio de tus niños! ¡algunas horas mas y adios para siempre!

Ella continuaba callando, estrechaba á su hijo contra su corazón, y lloraba. Eran las primeras lagrimas que yo la habia visto derramar; currian lentamente; su hijolita recibía castidad, y bañado así de lagrimas, le miraba yo como niño.

—Al menos, dije á Enriqueta, ese tierno niño...

La puerta se abrió á la mitad de mi comenzada frase.—Ese niño es mio, me dijo un hombre que entraba, volví la cabeza, y conocí al carcelero; era tan feo como siempre, pero me pareció menos espantoso que antes.—Vengo á buscar á mi hijo, continuó; no quiero que sea hijo de otro; si ya no tengo ni empleo para dejárselo, como mi padre me dejó el suyo, llevaré la canasta de traperos. Ven, Enrique, dijo al niño; al mismo tiempo sacó de su canasta un lienzo blanco, y acercándose á la madre sin mirarla, cogió al niño con delicadeza; la pobre criatura dormía colgada del seno de la madre, y fué preciso hacerle violencia para arrancarle de aquella fuente de vida; la madre no se oponía á nada, y el hijo fué envuelto en un lienzo, y cuidadosamente colocado en la canasta; el traperero en ademán de triunfo dijo:—Ven, Enrique mio; la madre no deshonra y no pondrá en ti las manos el Bachi.

(1) Alusión al poema social tan brillantemente escrito por la sublime pluma de Víctor Hugo con el título de *El último día de un rey de muerte*.

El padre se marchó; ya era tiempo de que se marchase. Buchi! á estas palabras Enriqueta levantó los ojos, y exclamó con voz alterada: «¿Buchi! ¿qué quiere decir con esto? espícidmelo por favor!» y veíala ya acometida de un temblor convulsivo.

—Ah! la respondí, Buchi es el nombre con que el pueblo bajo y el dialecto de las cárceles designan al ejecutor de la justicia.

—Ya me acuerdo, replicó ella.

En seguida con una espresion indecible de dolor y de pesar me dijo: —Oh! ¡cuán culpable soy! ¡qué severos avisos me habeis dado! ¡qué nombre pronunciabais delante de mi, sin pensarlo! cuánta felicidad perdida, cuántas miserias porno haber os respondido! Porque yo os entendia, continuó, yo os comprendía, yo me acordaba de todo, yo os amaba como me amabais vos; pero me vi humillada, y desde aquel día quedé perdida. Perdon, perdon, exclamó, perdon en nombre de Buchi!

Al mismo tiempo me tendia sus brazos; yo sentí su magilla ardiente rozarse ligeramente con la mia; esa fué la primera; la última vez.

Entraron á advertirme que habia estado demasiado tiempo con ella.

CAPITULO XXVII.

El Verdugo.

Ese barbudo áilo que planta sobre la rueda.
P. L. Jacon.

Yo di á correr, á volar; atravesé el gentío que aun no pensaba en nada, que no iba mas que al mercado mientras llegaba la hora. Despues de muchas vueltas y de atravesar bastantes calles, llegué al fin á una puerta sin número: toda la ciudad la conoce; una puerta bajo asegurada con clavos de cabeza ancha, un ligero llamador para avisar á los de adentro, piedras grandes, sosiego y paz en torno... cualquierase imaginaria ver una suprefectura de provincia. llamé y salió á abrirme un criado que me causó admiracion por su buen porte y sus maneras aientas: entré en un salon muy bueno, pregunté por el dueño de la casa, y fueron á saber si estaba visible; entretanto recorrí la pieza que era deliciosa. Alfombras nuevas, sofá ancho, y multitud de risueños grabados, Dafne y Cloe, Belisario, los Desposorios de la Virgen, un reloj de sobremesa coronado por un Amorcillo... en fin un salon de coronel jóven, nada menos. El piano estaba abierto, y sobre él habla una romanza de Brugotère y unos guantes de señorita; á cada lado del piano se veía un retrato, este era de un hombre, jóven todavia y de fisonomía franca, aquel representaba á una madre de familia que se sonreía mirando á un niño recién nacido; ambos eran sin duda de los dueños de la casa, y comencé á recelar si me habia equivocado al llamar á aquella puerta.

Volvió el criado y me hizo pasar á un gabinete

de estilo noble y severo, donde solo se notaban libros, bronces, una esfera, y delante de ella un niño que seguía con el dedo la division de los estados de Europa, acabando la leccion que diariamente le daba su abuelo.

Fui recibido muy cortesmente, se me ofreció una silla, y no sabia como componerme para empezar.

—Caballero, me dijo el hombre, echando una mirada á su reloj, hoy no me pertenezco á mí mismo; ¿tendré el honor de saber la causa que me proporciona vuestra visita?

—Yo venia, caballero, á pedir os una gracia que no me negareis.

—¿Una gracia, caballero? dichoso seria yo si pudiese conceder alguna; muchas me han pedido, pero siempre en vano; es lo mismo que pedir gracia á la roca que cae.

—En ese caso, os habreis tenido frecuentemente por muy infeliz.

—Infeliz como la roca. Siempre he tenido de mi parte el derecho, el único derecho legitimo que no se ha negado un solo instante en nuestra época.

—Teneis razon una legitimidad inviolable! Caballero, en buena historia, es preciso remontar hasta vos para demostrar la legitimidad.

—Una legitimidad inaudita, caballero, una legitimidad que desde el canceller Maupeon no ha cejado un solo paso. Revolucion, anarquia, imperio, restauracion, nada ha podido conoverla; mi derecho se ha mantenido siempre en su puesto, sin dar un paso adelante ni atras. Bajo este derecho ha doblado la cabeza el poder real, despues el pueblo, luego el imperio, todo ha pasado bajo el yugo, solamente para mí el yugo no ha existido; yo he sido mas fuerte que las leyes, de las enales soy la sancion suprema; las leyes han cambiado mil veces, yo no he cambiado ninguna: he sido inmutable como el destino, fuerte como el deber, y he salido de tantas pruebas con el corazon puro y con el convencimiento intimo de mi virtud. Pero, os lo repito, el tiempo urge, ¿me atreveré á preguntaros lo que exigis de mí?

—He oido decir siempre, respondí yo, que el reo sentenciado que ponen en vuestras manos, es propiedad vuestra, y os pertenece enteramente; vengo, pues, á pedir os que me cedais uno que me interesa mucho.

—¿Sabeis, caballero, con qué condiciones me los dá la ley?

—Lo sé; pero satisfecha la ley, os queda una cosa, un cuerpo y una cabeza: ese cuerpo y esa cabeza es lo que yo quisiera comprar á toda costa.

—Si no es mas que eso, caballero, el ajuste se concluirá pronto. Y volviendo á mirar su reloj, añadió: ante todo, permitidme que dé algunas órdenes indispensables.

Tiró con celeridad del cordon de la campanilla, y al momento entraron dos hombres. —Estad listo para la una, les dijo; vestios con decencia, pero se trata de una muger, y nunca seremos basta n

atentos con ella. —Dicho esto, se retiraron los dos hombres, al mismo tiempo que la mujer y la hija del dueño llegaron para despedirle. Su hija era alta, joven, hermosa, y le dió un beso con sonrisa diciéndole: —hasta la vista. —Te aguardaremos para comer, añadió la mujer; y acercándosele en seguida le dijo en voz baja. —Si la mujer sentenciada tiene cabellos negros, hermosos, hazme favor de guardármelos para hacarme un postizo.

El hombre se volvió hacia mí, diciéndome: —¿Extrañan los cabellos en el ajuste? —Todo, le respondí, el cuerpo, la cabeza, los cabellos, todo, hasta el terreno que se empape de la sangre.

Iba él un beso á su mujer, y le dijo: —Otra vez será.

CAPÍTULO XXVIII.

El Sudario.

¡Pata que!
MATEBRANCHE.

Mientras que todo París se dirigía á la casa de la Municipalidad, yo llegaba á lo alto de la calle del Inferno, penetraba por la última vez en aquel barrio perdido, donde se decía que la humanidad parisiencha colocaba el depósito de todas las infamias y de todas las miserias; volví á pasar por delante del hospital de los Capuchinos; por delante de la Burca donde ya no estaba ella; y por delante de la graciosa casa del carpintero joven, donde no estaba ni él ni su futura que habían ido juntos á ver el efecto de la máquina, hallándose solo en el vasto patio el vaso que había tenido la pintura encarnada con la cual se había pintado el cadáver. También pasé delante de la Salitrería, y vi al hermoso muchacho y á su madre haciendo otra cuerda, como si hubiesen calculado que era menester sustituir la que el verdugo iba á cortar; en la barrera encontré igualmente al mendigo que representaba académicamente á los héroes, y al sahoayro, que me volvió á llamar mi general. A los dos pasos vi venir á un mayordomo con aire de importancia en un pesado carruaje, y conocí al italiano; en una palabra tropecé nuevamente casi con todos los héroes de mi libro; su vida no había dado un solo paso; tenían dos años mas, á esto se reducía todo, y yo había consumido mi vida, había perdido mis posteriores ilusiones de joven, y por último paseo iba á clamar, á aguardar que me entregasen lo que había ajustado en aquel día.

Eran las dos, el sol marchaba lentamente, y yo seguía por el camino real á la sombra de los alamos, cuando en medio de una verde pradera vi una gran porción de lienzo blanco tendido al aire sobre cuerdas atadas á los árboles, y á orillas de un arroyo inmediato á varias mujeres que hacían resonar el aire con los golpes de su lavado. Entonces me acordé de que no tenía sudario, y resolví adquirir uno á toda costa, para lo cual me entree-

en la pradera, que justamente pertenecía á mi lavandera Jenny; encontré á ésta sentada sobre un haz de heno destinado á su caballo, haciendo á la vez la guardia al lienzo tendido y al que estaba en el lavadero, pero siempre traviesa y con buenos sentimientos.

—¡Muy triste estáis! me dijo después del primer saludo.

—¿Así lo crees Jenny? ah! ¡necesito de ti! me hace falta al instante mismo un lienzo grande para envolver á una pobre muchacha que está muriéndose.

—¡Muriéndose! respondió Jenny; quizá haya todavía esperanza; yo he visto volver de muy lejos muchas muchachas á quienes se creía muertas, y que están tan buenas como vos y yo.

—¡Para ella solamente no hay esperanza, Jenny! ¡Seguramente la desventurada morirá antes de las cuatro! date prisa, pues; el tiempo urge, dame con que envolverla.

Jenny me llevó al medio de la cuerda, y me enseñó el lienzo. —No es esto, la dije, necesito una cosa mas fina, una camisa de mujer por ejemplo. Dí, que la has perdido, que te la han robado; Jenny, dirás todo lo que quieras pero la necesito.

Mi buena Jenny no se lo hizo decir dos veces; me llevó por entre todo el lienzo, y no hallé nada que fuese de la medida de Enriqueta; una era demasiado ancha, otra demasiado estrecha; á veces me detenía el nombre de la propietaria, porque quería yo que á falta de tierra consagrada tuviese la infeliz un casto sudario. Jenny iba siempre á mi lado sin comprender mi disgusto.

Al fin hallé colgado de las ramas de un almendro de la pradera, cubierto ya enteramente de su flor purpura, el sudario mas lindo que se puede imaginar: era un hermoso lienzo de batista, blanco y suave como el raso, adornado por la parte inferior con un bordado ligero, y tan animado por el color de la primavera que á veces parecía esconderse debajo de aquel fino tejido un cuerpo de diez y seis años.

—Esto es lo que yo busco, dije á Jenny; esto es lo que necesito; dámele, y estoy satisfecho.

Jenny titubeaba, porque el lienzo pertenecía á una de sus mejores parroquianas; pero me mostraba yo tan satisfecho del hallazgo, que cedió luego á mis deseos. Doblé cuidadosamente mi sudario, y ya me iba, cuando volviendo atrás, la dije:

—No basta esto; necesito otra cosa, un sudario mas pequeño, una especie de saquito....

—¿Con que eso es para una recién parida? me preguntó Jenny.

Yo retrocedí con espanto como si ella hubiese sorprendido mi secreto. —¡Una recién parida! ¿quién te lo ha dicho, Jenny?

—Si, replicó ella, un sudario para la madre, y un sudario para el hijo; y echando una ojeada sobre su redondo falte, añadió: ¡Triste muerte es esa!

—Ah! ¡sí, querida Jenny, una muerte muy triste!

Yo añadí al primer sudario la funda de una almohada roja sobre la cual mi cabeza había reposado tan deliciosa y frecuentemente.

CAPITULO XXIX.

Clamar.

Un respuesta por favor.

CEMENTERIO DEL P. LA CHAISE.

Clamar es un cementerio, un pedazo de tierra que ningún sacerdote ha bendecido; jamás resucitan en él las oraciones de los difuntos, jamás se ha sembrado una flor en él, jamás se ha plantado una cruz en aquel lugar de desolación. Aquel es el lugar del descanso de los ajusticiados; la mayor parte de las tumbas está vacía; en aquel campo la sepultura es solo un simulacro, el féretro del difunto es solo un préstamo que se le hace; envuelto á las cuatro, encuéntrase despojado á las siete del sudario para la instrucción de los anáteatras; para él nada de lamentos, nada de llantos. Un sepulturero solo basta para la obra; cuando yo entré en el cementerio vi uno que estaba abriendo una sepultura: el césped se hallaba mezclado con la tierra, y la tierra estaba dura, señal de que no se removía con frecuencia. Acérqueme al sepulturero, y le dije:

—Despacio vais, amigo, y el hoyo no está muy hondo á lo que se ve.

—Voy como puedo, me respondió; y en cuanto al hoyo, me parece que siempre estará bastante hondo para lo que quieren hacer de él, además de que, aun cuando el muerto se quedase en él hasta el fin del mundo, no contagiaria á nadie, porque ordinariamente nosotros no tenemos aquí apestados, y todos son unos mocetones que lo pasan bien y que están tan sanos como vos y yo; este es el único cementerio de Paris, donde no hay que temer el contagio.

—¿Me parece que estais contento con vuestro empleo, amigo, y que no envidiais el de nadie?

—No envidiar á nadie! Ah! si fuese siquiera sepulturero supernumerario en el cementerio del Padre La Chaise! ¡ese sí que es un oficio que produce y que divierte! todos los días gratificaciones y evoluciones militares. ¡Aquello es una procesion de madres desconsoladas y de esposas de tute! y luego, monumentos soberbios, flores que esparcir, sáces florones que recórtar, jardinitos que cuidar! ¡he ahí sin duda un oficio soportable! y daba un golpe con su azada en la tierra, y continuaba diciendo:—Y aqui por el contrario nada: ¡ni un pequeño acompañamiento, ni un pariente que llora, ni un ramillete que vender! Solo vienen los criados del verdugo que apenas dan para un trago, ¡triste oficio! añadió, tanto valdria ser gendarme empleado de puertas.—Y quedábase parado, apo-

yándose en su azada en la actitud de un honrado cultivador que ve terminarse un largo jornal de estío.

—Necesito un hoyo profundo, repliqué yo con tono impetuoso; seis pies; ahonda, y te daré para que echés un trago.

—¡Seis pies para un ajusticiado! no estais en vos: se necesitaria entonces una hora para desenterrarle esta noche.

—Seis pies cabales; el cadáver es mio.

—Anto en favor, contestó el sepulturero; y volviendo la cabeza, añadió: va siendo tarde; ya no pueden dejar de llegar pronto.

En efecto vi venir á lo lejos pausadamente un carruaje grosero que guiaba un carruajero á pié, y sobre cuya delantera caminaban sentados dos hombres con los brazos cruzados; en medio del carro se distinguia confusamente una cosa encarnada, esta era la canasta destinada á recibir al cadáver, despues de hecha la justicia.

Llegados á la puerta del cementerio, bajó uno de los hombres á tierra, el sepulturero salió á recibirle con su gorra en la mano, el que habia quedado en lo alto alargó la canasta que los otros dos recibieron, y cuya carga era menos pesada que embarazosa y entre todos la dejaron torpemente caer á mis pies. Yo estaba medio sentado contra el guardacanton, y veia todo esto confusamente como en un sueño.

Uno de los criados se acercó á mí, y me dijo:

—¿Sois vos á quien he visto esta mañana en casa de su merced?

—Yo soy; ¿qué me querais?

—Como habeis comprado el cuerpo de la ajusticiada, su merced ha pensado que seriais tal vez pariente de ella, y que no querriais que muriese insolvente, por lo cual me ha encargado que os entregue esta cuentecita.

Cogí la cuenta, que era absolutamente como otra cualquiera, como la de un especiero ó la de una modista, estendida en hermoso papel blanco y de hermosa letra, y la lei pausadamente, como quien queria pagar pero no que le robasen.

—¿Esta aqui toda la cuenta? pregunté al primer criado.

—V es el precio justo, me respondió; no pagais un maravedi mas que la ciudad, y tendreis el consuelo de saber que la difunta ha muerto á costa del gobierno.

Volvi á leer la cuenta, repasé la suma, y dije, sacando la prueba: Hay doce reales de mas á vuestro favor, caballero.

Yo pagué como si no hubiese habido error en la suma.

Despues, hice el inventario de la canasta encarnada. Abrióla el criado, y salió de ella primeramente la cabeza con los cabellos cortados y divididos como con una navaja de afeitar; la boca de aquel blanco rostro se habia contraído horriblemente; tan fuerte habia sido la convulsion que las mandíbulas no estaban paralelas, de manera que

aquella boca antes tan graciosa habia quedado cerrada de un lado y horrorosamente abierta del otro.

—¡Infeliz! ¡mucho ha debido padecer!

—Nada absolutamente, me respondió el segundo criado que tenia cogida la parte superior del lienzo; hemos tenido mil atenciones con ella; al momento que nos la entregaron, la hicimos sentar un instante, despues la llevamos en peso hasta el carro, y os aseguro que era una carga muy ligera.

—Vosotros la habéis llevado; y ¿cómo estaba?

—¡Muy hermosa, en verdad! Habia obtenido del carcelero el permiso de vestirse á su gusto; y se puso un vestido de lana al toque le llegaba á los hombros, y un pañolito de crespon que le cubria el cuello; esta muger tenia muy buenos hombros y muy buencuello.

—Vi tambien que tenia unas manos preciosas, añadió el otro criado; yo fui el que se las ató, y eran suaves y hechas á torno; de todos modos era una criatura hermosa.

—Sin embargo á esa hermosa criatura la habéis matado despiadadamente.

—Hemos hecho por ella cuanto hemos podido, replicó el primer criado; la hemos sostenido, y la hemos ocultado el cadáver; así ¡ella ha muerto con honor!

—Y antes de morir ¿no ha preguntado por nadie?

—¡Por nadie! solo si que al salir ha mirado muchas veces á su alrededor con adaman inquieto, y como si se aguardase á encontrar á algun conocido entre la gente.

—Sí, añadió el otro, y cuando no vió lo que buscaba, dijo en voz muy baja; ¡Buchi! despues lanzó un profundo suspiro, y yo no pude menos de reirme al ver á mi amo que volvió la cabeza oyendo el nombre de Buchi, por que sin duda creyó que le llamaba.

Yo di fin á la conversacion diciendo: —Dejadme, dejadme; dadme el cuerpo, y marchaos.

El cuerpo estaba ya la mitad fuera de la canasta, y sacaron la otra mitad,....; absolutamente desnuda!

El sepulturero acercó el féretro: —Nostramo, me dijo, vuelvo al instante, voy á echar un trago y vuelvo.

Yo saqué entonces el sudario, cogí la rabeza, y la envolví en la funda de mi almohada. Despues Silvio, que habia llegado ya, me ayudó, y entre los dos envolvimos el cuerpo en la camisa blanca. El bordado tocaba apenas á los talones, la parte superior cubria perfectamente los hombros, y quedaba sitio bastante para atar el nudo que habla de sujetar aquella vestidura fúnebre.

Las viejas, las jóvenes, todas las mugeres de las cercanias habian invadido el cementerio, y nos estaban mirando.

—¡Virgen Maria! exclamó una de ellas, ¡no es un asesinato el ver un lienzo tan hermoso enterrado como un cadáver!

—¡Si al menos fuese en tierra bendita! decía otra.

—¡Ya vereis como una guillotina tendrá camisas mas nuevas que una cristiana! añadió la tercera.

Entre todas aquellas mugeres habia un hombre gordo, colorado, con una voz dulce como de flauta, un buen hablador, si los hay, el cual estaba al borde de la sepultura, é hizo una observacion atroz. Acababa yo de atar el sudario, y él se puso á explicar á las mugeres de qué manera las camisas sin cuello eran mas favorables que las nuestras á una ejecucion; en seguida notando las lágrimas que bañaban mis ojos: —¡Voto á cribas tañadió, y ¡qué insensatos son los hombres! Yo he sido diez años músico en San Pedro de Roma, he sido chantra en Florencia, he visto las mugeres mas hermosas de Italia y de los estados Venecianos, y ni una sola vez he experimentado esa pasion loca que llaman amor.

Las mugeres le miraban con desprecio, y yo con dadasen compasivo: era un soprano de Nápoles.

Entre tanto habíamos ya colocado el cadáver en el féretro; el sepulturero volvió medio borracho; y bajamos el cuerpo á la tumba; la tierra cayó con un ruido monótono que iba debilitándose por grados....

Al dia siguiente, cuando volví al mismo sitio, ya no habia tumba; habian robado el cadáver para la Escuela de medicina; las mugeres de las cercanias habian cogido el sudario para servirse de él.

Entonces comprendí que si así no hubiese acontecido, no se habra cumplido enteramente aquel destino de dolor.

FRANCIA.—CAMBRAI.

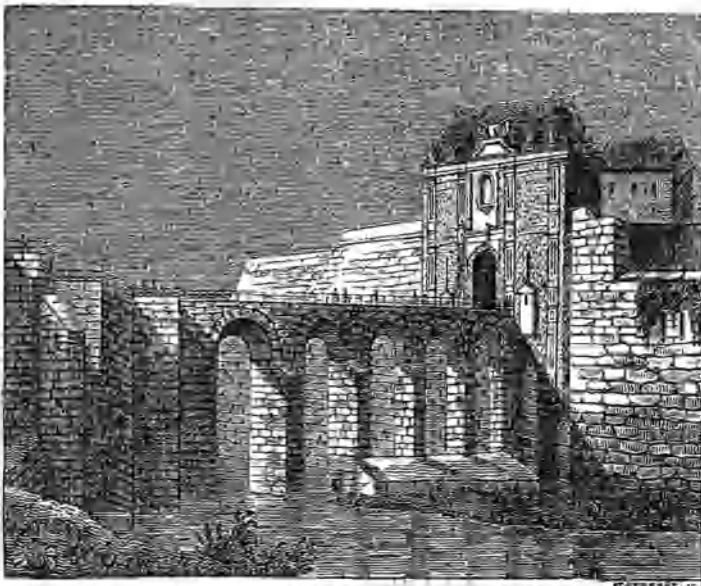
CAMBRAI, antigua *Cameracum* de los romanos, en todas épocas ha representado un papel muy activo, así por su situacion como por las formidables obras de fortificacion que siempre la han defendido. Sábese que Clodion se titulaba rey de Cambrai. Despues de haber esta ciudad pertenecido á los reyes de Francia hasta el reinado de Carlos el Simple, fué cedida á los emperadores de Alemania, quienes dieron á los obispos todo derecho de soberanía. A mediados del siglo XI, cuando empezaban á fermentar en los cerebros las ideas de libertad, los ciudadanos de Cambrai se insurreccionaron para obtener para su ciudad los derechos municipales, pero les salió mal la tentativa.

Algunos años despues rebeláronse otra vez, y establecieron una municipalidad que no tuvo mejor éxito que la primera, pues en 1107 la abolió el emperador Enrique V; pero al cabo de veinte años se constituyó de nuevo. Felipe de Valois concedió grandes privilegios á los ciudadanos por lo bien que defendieron la ciudad de los ataques del ejército inglés que constaba de 90.000 hombres. Carlos V se apoderó de Cambrai y levantó allí una ciudadela de las mas fuertes de Europa, que no obstante capituló ante las tropas de Luis XIV, quedando Cambrai definitivamente en poder de la Francia por el tratado de Nimega, concluido en 1678. Con tiene varios edificios notables, tales son: la Catedral,

la Casa de la ciudad, y la puerta de nuestra Señora de que damos una idea en la lámina. Rodean á Cambrai robustas fortificaciones, con torres redondas antiguas; lo que hizo que no tuviese buen éxito el sitio que le pusieron los austriacos en 1795.

Cambrai, que desde el concordato de 1802 es un simple obispado, fué antes un arzobispado que ilustró Fenelon, y la ciudad agradecida, levantó en una plaza un monumento á la memoria de este virtuoso prelado. La santidad de los antiguos obispos, la severidad de la iglesia primitiva, la suavidad y dulzura de la virtud mas indulgente, un agrado y benevolencia de lo mas atractivo, una bondad incansable, é inagotable caridad; tales fueron las excelentes prendas del arzobispo de Cam-

brai. Los desastres de la guerra en la última época del reinado de Luis XIV llevaron las tropas aliadas á la diócesis de Fenelon, con cuya ocasion hizo este santo prelado nuevos esfuerzos y sacrificios; y su sabiduria, prudencia y firmeza de lenguaje, obligaron á los generales enemigos á respetar á las desgraciadas provincias de Flandes. La situacion de Cambrai era causa de que muchos estrangeros visitasen á Fenelon, ninguno de los cuales se separaba de él sin un sentimiento profundo de religiosa admiracion: «Amo mas á mi familia que á mi mismo, decía á menudo; amo mas á mi patria que á mi familia; y mas al género humano que á mi patria:» ¡admirable progresion de sentimientos y deberes!



Puerta de Nuestra Señora en Cambrai.



AMOR Y FÉ.

Hay momentos en la vida para el hombre que no pertenecen al pasado ni al porvenir, y pudiera decirse que ni al presente, porque no goza, ni sufre ni aun siquiera tiene conciencia de que existe, y sin embargo vive, como vive el cedro en el Líbano y el Libano en el Oriente. El hombre entonces está en calma, calma aparente porque los vinculos que le unian á la sociedad se rompen; porque su espíritu, que siempre tiende al infinito, vuela por la inmensidad cuya fuente es Dios!

¿Por qué pues no se multiplican esos momentos, los únicos, tal vez, que mitigan verdadera-

mente nuestros sufrimientos?... Porque el hombre es peregrino en un viage de dolores, porque la vida del mundo es una espiacion, porque su verdadera patria es el cielo, al cual se entra por la puerta del sepulcro.

Pero en la vida terrenal hay puestos por la misma mano de Dios, dos puntos en donde estriba el eje al rededor del cual gira el hombre con un movimiento continuo pero desigual, merced al libre albedrio que plugo al mismo Hacedor concedernos para barómetro de nuestra felicidad ó perdida eterna; dos columnas que como la de los israelitas le iluminan en este desierto durante la noche de la adversidad: el amor y la fé.

¿Serán acaso esos puntos la base de nuestras ilusiones ó de nuestra realidad? ¿Mas qué son las

Ilusiones? ¿qué la realidad? Si son falsas aquellas, ¿por qué corremos tras ellas? Si verdadera la segunda ¿por qué huimos de ella? El bruto no equivoca nunca las yerbas venenosas con las medicinales, sino que siempre busca y distingue la fea granímena y huye del hermoso haladere. ¿Al contrario el hombre admite las ilusiones y se deja arrastrar de ellas porque la ilusión no es otra cosa que el bien formulado sin antecedentes verdaderos, efecto de la necesidad que sentimos de él en fuerza de nuestra naturaleza; en el reflejo de la luz sobre el cristal de un estanque que engaña á la vista si bien allí no hay verdadera luz ni superficie verdadera. Y tenemos la realidad porque combate nuestros deseos infundados, presentándonos el bien con toda su severidad y elevación. La severidad hace desmayar al hombre, y su elevación le rinde, por que el hombre es tan débil para combatir el mal moral como el mal físico. Tiene, pues, necesidad de escudarse con el amor y la fé.

¿No amais, no creéis? Amar es creer: creer es amar. En estos dos sentimientos se confunde la causa con el efecto; puede decirse que refiriéndose á un mismo objeto esas ideas son coexistentes, correlativas é inseparables. Así que no hay paz en la vida, no hay felicidad, no hay pureza, no habrá gloria sin amar á Dios. Amar á Dios es creer en Dios: amar á una mujer es creer en una mujer.

Para aprender á amar á Dios amad á una mujer; abrigando en vuestro corazón el amor de la criatura amaréis mas facilmente á su criador....

¿No ha escitado jamás un sobresalto, una emoción en todo vuestro organismo el eco de una mujer, como si correspondiérais interiormente á un llamamiento magnético? ¿No habeis sentido dilatarse de gozo vuestro corazón, como si hubiese querido romper su estrecho seno, al oír de los labios de una mujer un *te amo*, lleno de vida, de fuego, de encantos mágicos, indefinibles? ¿No ha abrasado vuestras manos una lágrima desprendida de los ojos de una hermosa en la efusión ideal y sublime del amor? Entonces no habeis creído; no habeis amado.

De continuo experimenta el hombre un deseo de identificarse con otro ser, una necesidad de centralizar en él todos los sentimientos y afectos de este mundo, una atracción, en fin, irresistible é inexplicable hacia él, hacia la mujer, porque vé en ella el ser mas perfecto de la creación, el que le iguala en dones y facultades, el único que le comprende y de quien puede ser comprendido. Si, que la mujer, fuente de agua pura cristalina, serpenteando en la vida, mitiga la sed y reanima las debilitadas fuerzas del hombre, bálsamo del espíritu electrizada las llagas que abriera en su corazón la adversidad; hogar benéfico en el hielo del infortunio reanima sus miembros ateridos; iris de bondad en las calamidades que le alligan establece la calma y atestigua la alianza del hombre con su Hacedor.

¿Y no habeis sentido despertarse toda vuestra

existencia, vivificarse de un modo desconocido al acercarse á la divinidad, y comprender que nos permitirá que la comprendamos un día que no será día, porque el sol estará eclipsado por la radiante luz de la gloria. Decid, ¿no habeis sentido esos goces, esas sensaciones, esas emociones que son mas puras é inefables que todos los que conocéis? ¡Desgraciados no tenéis fé! y fé quiere decir creencia, creencia quiere decir amor. Si pecó nuestro primer padre fué porque creyó en la mujer, y no hubiera creído en ella si no la hubiese amado; y si creyó la Magdalena en el hijo de Dios fué porque le amó, que sin fé no hay amor y sin amor no hay fé.

¿Desdichados, no os horroriza la vida sin amor y sin fé? entonces no tenéis corazón que sienta ni cabeza que piense, ó no pertenecéis á la especie humana; sois sus hijos bastardos ó mas bien sus monstruos. Vuestra vida ha de ser horrorosa, insuportable; debeis consideraros solos en medio de la creación, ciegos en medio del día, sordos en el estruendo, confusion y clamoréo de las sociedades, agenos de todo sentimiento, incapaces de toda idea que no conduzca á la desesperación y al crimen. Huid de las sociedades, porque si aumentase vuestro número, si por desgracia cundiesen mas vuestras infames teorías, minando la sociedad concluirías bien pronto con ella, porque todas las religiones se sostienen con la fé religiosa, todas las sociedades por la fé política; faltando la fé á la religion se destruye el ara; faltando la fé política á las sociedades se desploman los imperios; faltando la fé en los hombres desaparecería el amor y con él toda la humanidad de la superficie de la Tierra!

¡Amad y creed, creed y amad!

ESPAÑA GEOGRÁFICA.

HISTÓRICA, ESTADÍSTICA Y PINTÓRRESCA.

Un tomo de mas de 1.000 páginas en 4.^o mayor, edicion de lujo, con preciosos grabados que representan vistas de los monumentos y poblaciones notables, y trages de todas las provincias, impreso con toda elegancia y esmero en esquisito papel. Se publica por tomos ó por entregas á elección del suscriptor; pagando el tomo de una vez antes de publicarse la entrega quinta solo costará 30 rs. en Madrid y 36 en provincia. Después de la publicacion de esta entrega el suscriptor pagará tantas cuantas tenga el tomo á razon de dos rs. cada una y diez rs. por contró en provincia.

Se suscribe en Madrid, en el Gabinete literario, calle del Príncipe núm. 25, y en las provincias en casa de todos los correspondientes del establecimiento tipográfico del señor Mellado, editor.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO.

DE DON F. DE P. MELLADO.—EDITOR.

calle del Sardo, núm. 11.